

Brianne Miller



*Navidad
accidentada*

Prólogo

Adoraba la Navidad. Era mi época favorita del año, a decir verdad. Me encantaba ver las calles de mi ciudad adornadas con luces, el olor a castañas asadas, los puestos que ponen año tras año llenos de decoraciones navideñas en la plaza mayor. Disfrutaba como una niña envolviendo los regalos de los más pequeños de la casa, colocándolos estratégicamente bajo el árbol para evitar una catástrofe si mi primo Daniel abría por error el regalo de su hermana Nicole. Pero eso era antes de empezar a trabajar en *Kering outfits*, una pequeña firma de ropa *low cost* a cargo de una bruja con un cuerpo de infarto y cara de ángel.

Llevo seis años sin poder volver a casa por Navidad, seis años en los que he tenido que trabajar como nadie hasta lograr ser la mano derecha de Ruth, pero a pesar de ello aún no se ha dignado a echarle un vistazo a mi trabajo. Porque no quiero ser asistente toda mi vida, como ella parece creer. Lo que realmente me gustaría es poder diseñar mi propia línea de moda para la firma, pero me temo que por ahora eso no va a pasar.

Faltan apenas dos semanas para Navidad, y este año por fin voy a lograr irme a casa para ver a mi familia. Ruth ha decidido hacer un viaje a las Fidji con su nuevo novio millonario, así que yo tendré la posibilidad de volver a Charlottesville, un pequeño pueblo de Virginia donde celebramos estas fiestas por todo lo alto. Ya he comprado la mayor parte de los regalos para mi

familia, pero aún tengo que encontrar ese regalo especial que siempre comparto con mi hermana gemela. Nora es cinco minutos mayor que yo, como le encanta recordarme cada vez que tenemos una discusión, y siempre ha cuidado de mí como toda una hermana mayor. A cambio, todos los años he buscado un regalo navideño tan especial y original que consiga dejarla con la boca abierta, y este año que regreso a casa quiero que sea espectacular.

Por fin son las seis, y me apresuro a salir por la puerta antes de que el *Grinch* que tengo por jefa me mande llamar para hacer alguna ridícula tarea que me retenga en la oficina hasta las tantas. El día está tan gris y lluvioso que casi se me pasan las ganas de ir de compras... casi. Me resguardo bien dentro del abrigo y abro el paraguas para adentrarme en las calles de Nueva York, abarrotadas de gente a pesar de la lluvia. Las luces ya decoran los escaparates de las tiendas y los mejores productos de cada una de ellas son expuestos sobre alfombras rojas bajo árboles decorados con adornos de mil colores.

Sonrío ante el tren de juguete que ocupa todo el escaparate de *Toy's*, en el que han sentado a Santa Claus como si fuera el maquinista y a sus renos como los pasajeros. Aunque Nora ya no es ninguna niña me decido a entrar por si encuentro algo para ella, y allí, en una estantería repleta de adornos, encuentro el regalo perfecto: una bola de nieve de Thomas Kinsdale, el mejor fabricante de bolas de nieve del mundo, en la que se representa un precioso tiovivo igual al que Nora y yo solíamos subir de pequeñas en Charlottesville.

Me acerco al mostrador con una sonrisa y una mujer de unos sesenta años se acerca con un pequeño vaso de plástico lleno de chocolate caliente en la mano.

—Buenas tardes, querida —dice ofreciéndome el vasito—. Apuesto a que estás muerta de frío.

—La verdad es que sí —contesto aceptando el chocolate—. Muchas gracias por el chocolate, es mi bebida favorita.

—Está delicioso, sobre todo si va a acompañado de nubes. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Me gustaría comprar aquella bola navideña de allí. ¿Cuánto cuesta?

—Es una obra original de Thomas Kinsdale. Es musical y está firmada por el propio autor en la base —contesta acercándola—. Cuesta doscientos cincuenta dólares.

Por poco me da un infarto. ¿Tanto cuesta un adorno de Kinsdale? No puedo permitirme comprarla aunque empeñe hasta la ropa interior, porque ya me he gastado una buena suma en los billetes de avión.

—Lo siento —me disculpo—. Se sale demasiado de mi presupuesto, pero gracias por el chocolate.

—¿Es para alguien especial? —pregunta la mujer.

—Para mi hermana. Vuelvo a casa después de tres años y quiero hacerle un regalo muy especial. Solíamos pasear en uno igual todas las navidades cuando éramos pequeñas.

—Bueno, tal vez tenga algo que te pueda interesar.

La mujer desaparece en la trastienda y vuelve unos minutos después con una pequeña bola de nieve con la base dorada. En ella puede verse una mansión antigua, e incluso una dama y un caballero con ropa de época paseando por la acera.

—¡Madre mía, es preciosa! —susurro hipnotizada por los detalles.

—La hizo mi hijo hace unos años. Quería dedicarse a ello, pero al cabo de un tiempo decidió que este no era un trabajo serio.

—Es perfecta. A mi hermana le encantan las novelas románticas de época y estoy segura de que le encantará. ¿Cuánto cuesta?

—Te la regalo —dice la mujer metiéndola en una caja de lazos dorados—. Al fin y al cabo, estaba en la trastienda cogiendo polvo.

—¡No puedo aceptarlo! Tan buen trabajo merece ser pagado.

Abro el monedero y pongo los cien dólares que llevo sobre el mostrador.

—Es el presupuesto que tenía pensado gastarme —explico—, y aunque realmente me parece que el trabajo de su hijo vale mucho más que el de ese Kinsdale, es todo lo que puedo pagar.

—Gracias, cariño, eres una mujer maravillosa. Espero de verdad que encuentres a alguien que sepa apreciar toda esa magia que hay en tu interior.

Me marcho de la tienda dándole vueltas a las palabras de la anciana. Se ha puesto demasiado misteriosa, ¿No es cierto? Vuelvo a mirar la bolsa de regalo en la que ha metido la bola de nieve y sonrío. Creo que es el regalo perfecto para mi hermana y seguro que se sorprende mucho al verme llegar a casa... porque nadie sabe aún que tengo vacaciones hasta después de Navidad. Voy a disfrutar de lo lindo cuando mis padres me vean aparecer de improviso por la puerta. Hablando de mis padres... espero que este año no empiecen a agobiarme con buscarme una pareja...

Capítulo 1

El aire fresco de Charlottesville llena mis pulmones de una mezcla de olores navideños. Sonrío sin poder evitarlo: ya estoy en casa. Parezco una niña pequeña mirando con entusiasmo las luces navideñas a través de la ventanilla del taxi, lo sé, pero volver a esta pequeña ciudad me hace sentirme de nuevo llena de vida. Me fui de aquí para perseguir un sueño, pero cada vez estoy más convencida de que nunca se hará realidad. Y no quiero volver a casa con el rabo entre las piernas, así que sigo en un trabajo que detesto permitiendo que mi jefa me trate como si ella fuera un ser superior.

El taxi me deja justo en la puerta de casa y cojo la pesada maleta para meterla en el interior, porque no creo que mi hermano haya llegado aún a casa de trabajar. De repente, veo a una bestia asesina del tamaño de un caballo venir hacia mí con la lengua fuera y me lanza las patas al pecho dejándome despatarrada sobre la nieve del jardín delantero de mi casa. El miedo del primer momento es sustituido por un asco insoportable cuando el enorme gran danés marrón oscuro pasa su áspera y húmeda lengua por toda mi cara.

—¡Quita, chucho! —exclamo intentando apartarlo— ¿Es que no tienes dueño?

—Le gustas mucho más tú —oigo una voz masculina terriblemente sexy.

Aparto la enorme cabeza del perro para ver a un increíble, alucinante y delicioso ser del sexo opuesto apoyado en una farola observando divertido la

escena. ¡Madre de Dios! ¿Cómo es posible que un hombre esté tan sumamente bueno? Alto, fuerte, con una barbita muy bien recortada que me encantaría probar... ¿Pero en qué demonios estoy pensando?

—¡Aparta, perro! —exclamo empujando sin éxito a esa masa de carne perruna.

—Vamos, *Demon*, deja en paz a Nora, que parece que hoy se ha levantado con el pie izquierdo.

—No soy Nora —protesto—, soy Zoe.

—Vaya... así que la gemela perdida ha decidido volver al redil...

—¿Te importaría quitarme a tu chucho de encima de una puñetera vez? —protesto.

—En realidad mi perro tiene pedigrí.

—Quí. Ta. Lo.

—Vamos, *Demon*, parece que no le gustas a la señorita.

El perro se aparta de inmediato y el dueño me ofrece la mano para ayudar a levantarme, pero la aparto de un manotazo. Bufo intentando levantarme de la nieve, porque la acera está congelada y mis zapatos no están hechos para andar por el hielo. Tengo el culo congelado, la ropa empapada y encima se me ha roto el tacón de mis botas nuevas. Me dan ganas de matar al perro y al dueño, lo juro.

—En vez de un perro tienes una bestia salvaje —protesto.

—Mi perro está muy bien educado —contesta el buenorro frunciendo el ceño.

—¡Sí! ¡Ya lo he visto!

—Solo te ha confundido con tu hermana, no seas tan melodramática.

—¿Melodramática? Se ha cargado mis botas nuevas.

—Te las pagaré, no te preocupes, *Grinch*.

—¿¿*Grinch*?? ¿¿Me has llamado *Grinch*?? ¡Me encanta la Navidad,

imbécil!

—Ya lo veo, ya... tu espíritu navideño es cojonudo.

—Tu educación sí que es cojonuda... como sea que te llames.

Recojo mi maleta y me encamino con paso decidido hasta mi casa con toda la dignidad que me permite mi bota rota.

—¡Ya nos veremos, *Grinch!* —dice el bombonazo con una carcajada.

Le saco el dedo antes de cerrar la puerta de un portazo.

—¡Mamá, papá, estoy en casa! —canturreo.

—¡Zoe! —exclama mi madre abrazándome— ¡Menuda sorpresa tenerte en casa! ¿Cómo has conseguido que la bruja de tu jefa te deje venir?

—Se ha ido de vacaciones con su nuevo novio millonario, así que en teoría tengo que agradecerérselo a él.

—En cualquier caso, me alegro mucho de que hayas podido venir esta Navidad.

—Yo también, mamá. Echaba muchísimo de menos pasar las vacaciones en familia.

Me vuelvo para ir a la cocina a llenarme una taza de café sin acordarme del estropicio que son ahora mis pantalones blancos.

—¡Zoe! ¿Qué te ha pasado? —exclama mi madre— Estás empapada...

—Ah, sí... un pero se me ha echado encima y me ha tirado al suelo. Y el dueño en vez de apartarlo y regañarle se ha quedado ahí parado riéndose de mí.

—¿Un perro?

—Un perro del tamaño de un caballo. No lo había visto nunca por aquí, la verdad, pero al parecer conoce a Nora.

—Debe ser el perro de Ian, el vecino. Pero es muy extraño... ese perro tiene una educación impecable.

—Así que el imbécil se llama Ian...

—Ian —contesta mi madre recalcando su nombre— se mudó a la casa de al lado hace un año y es el mejor amigo de tu hermano.

—Dime que es una broma... —protesto.

—No, no lo es, y va a pasar las fiestas con nosotros, así que te agradecería que fueras amable con él.

—¡Su perro me atacó!

—Algo le harías.

Si se me queda la boca más abierta terminaría con la mandíbula desencajada. ¿Ahora resulta que yo soy la mala y *Demon* es el bueno? ¡Hay que joderse!

—Voy a deshacer la maleta y a darme un baño, que me he quedado helada —digo para cambiar de conversación—. ¿Dónde está Nora?

—Ha salido a hacer las compras de Navidad con su novio.

—¿Ahora tiene novio? —pregunto sorprendida— No me había contado nada.

—Ha decidido por fin salir con Seth.

Ahora lo entiendo todo... Seth ha sido nuestro mejor amigo desde que éramos niñas, y aunque mi hermana y yo somos prácticamente idénticas siempre ha sentido debilidad por ella. Me he pasado gran parte de mi adolescencia animándola a darle una oportunidad porque es un chico estupendo, pero siempre me ha dicho que nunca podría enamorarse de él. Por eso no me ha dicho nada, porque no quería escucharme decir “te lo dije”.

—Me alegro de que por fin haya abierto los ojos —contesto—. Siempre he sabido que estaban hechos el uno para el otro.

Subo a mi antigua habitación y me dejo caer sobre mi cama. Todo está igual que siempre: mi espejo cubierto de collares, el tablón de corcho con las fotos de mis viajes y las postales, los trofeos de patinaje en la estantería sobre el sifonier...

El viaje ha sido muy largo y estoy deseando darme un buen baño y meterme bajo las sábanas, pero eso no podrá ser hasta después de la cena. Me deshago de los pantalones y el suéter y me meto bajo el chorro del agua caliente, que elimina todo rastro de baba canina, barro y nieve de mi cuerpo junto con el frío. Tras liarme en una toalla subo la maleta sobre la cama y empiezo a sacar mi ropa para guardarla en el armario.

Vuelvo la vista hacia la ventana... y veo a Ian apoyado en el cristal de la suya mirándome con interés. ¿Qué demonios está mirando? Me vuelvo para ver si mi habitación está hecha un desastre, pero al mirarme en el espejo de cuerpo entero me acuerdo de que solo llevo puesta una minúscula toalla. ¡Joder! Cierro las cortinas de un tirón y me apresuro a sacar de la maleta unos vaqueros y un nuevo jersey. Voy a tener que decirle unas palabritas a ese salido en cuanto me lo eche a la cara...

Cuando bajo a la cocina, mi madre está haciendo galletas de Navidad, mis preferidas. Me encanta adornarlas con ella, algo que jamás ha entusiasmado a mi hermana, por cierto.

—No decoraba galletas desde que me fui a Nueva York —reconozco.

—¿Y eso por qué? Con lo que te gustan...

—Por falta de tiempo, la verdad. Terminé comprándolas en una pastelería que hay cerca de mi casa. Están muy buenas, pero no son lo mismo.

—¿Y no hay nadie que vaya a venir a pasa la Navidad contigo?

—Tampoco tengo tiempo para eso —sonríó avergonzada—. Mi trabajo me absorbe por completo aunque yo no quiera.

—Siempre puedes cambiar de trabajo, Zoe, eres una gran diseñadora y tal vez...

—Déjalo estar, mamá. He llegado a la conclusión de que tienes que nacer con estrella para triunfar en este negocio.

Veo a mi padre entrar en la habitación con una enorme sonrisa y tras

dejar el abrigo sobre una silla abre sus enormes brazos para darme uno de sus achuchones de oso.

—¡Mi pequeña! —susurra— ¡Has venido!

—Hola, papá. Cuánto me alegro de estar en casa.

—Creíamos que este año tampoco podrías venir.

—Quería daros una sorpresa.

—Pues créeme, a mí me la has dado. ¿Hasta cuándo te quedas?

—Tengo que volver al trabajo el veintiséis, así que debo marcharme la noche de Navidad.

—No importa —dice mi madre cogiéndome la mano—. Al menos comerás con nosotros.

Me entristece pensar en marcharme de casa. Ahora que he vuelto me he dado cuenta de cuánto había echado de menos el calor de mi familia, y eso que aún no he visto a mis hermanos...

En cuanto pienso en él, Mark llega a casa... seguido de nuestro estúpido vecino.

—¡Me ha dicho Ian que habías vuelto y no quería creérmelo! —dice mi hermano levantándome por los aires— ¡Qué bien que has podido venir esta Navidad!

—Hueles tan bien como siempre, Mark —contesto hundiendo la nariz en su cuello, como cuando era niña.

—Para ti siempre huelo bien, peque.

—Ya soy toda una mujer, ¿sabes?

—Lo sé, y una mujer muy guapa, por cierto. Creo que voy a tener que mudarme a Nueva York para controlar a los tipejos que se acerquen a ti...

Le golpeo en el hombro con una sonrisa, pero en el fondo me encanta que quiera defenderme a toda costa. Mi hermano me deja en el suelo y va a coger una galleta de la bandeja, dejándome a solas con Ian.

—Como vuelvas a espiarme por la ventana iré a tu casa y te cortaré las canicas —amenazo.

—¿Canicas? —contesta él alzando las cejas.

—Sabes a lo que me refiero.

—Pelotas, Zoe. Se llaman pelotas.

—Las llamo como me da la gana.

—Siguen siendo pelotas. También puedes llamarlas bolas, huevos, cojones... pero no canicas.

—¡Dios, eres el hombre más insoportable que he conocido en mi vida!

Y el más guapo, y el más sexy, y el más... Céntrate, Zoe, que ya vuelves a divagar.

—En el fondo te caigo bien, preciosa —dice guiñándome un ojo.

—La verdad es que eres como un puñetero grano en el culo.

Me alejo en dirección al comedor escuchando su carcajada. ¿Cómo puede un hombre tan guapo ser tan imbécil? Mi hermano podría haberse hecho amigo de alguien mejor...

—¡Vamos, no te enfades, era broma! —me pide acercándose a mí.

—No me gustas, no me caes bien y dudo muchísimo que lleguemos a ser amigos, así que ¿por qué no te ahorras tus estúpidas bromas?

—Pues lo siento mucho por ti, porque vas a tener que aguantarme durante todas las vacaciones.

—Te aseguro que voy a buscar excusas suficientes para verte el pelo el mínimo posible.

—Lástima, porque tú a mí sí me gustas.

Me quedo mirándole evidentemente sorprendida, y él aparta un mechón de pelo de mi cara.

—La verdad es que estabas condenadamente sexy con esa toalla, Zoe —susurra—. Me han dado ganas de saltar hasta tu ventana para quitártela.

Un escalofrío recorre mi cuerpo y casi me hace gemir... casi. Busco una respuesta mordaz, pero antes de que un solo pensamiento se forme en mi mente Ian se ha dado la vuelta para acercarse a mi hermano, negándose la satisfacción de la réplica.

Capítulo 2

He dormido de un tirón toda la noche, y me siento descansada y feliz. No recuerdo la última vez que dormí sin preocuparme de que sonasen el teléfono o el despertador, y me sorprende ver que son ya las diez de la mañana. Me visto y bajo a desayunar con la esperanza de ver de una vez a mi hermana, porque anoche no apareció a cenar y para cuando llegó a casa yo ya estaba completamente dormida.

—Buenos días, mamá —saludo a mi madre, que está sentada con un café leyendo una revista.

—Buenos días, tesoro. ¿Has dormido bien?

—Como un lirón —reconozco—. ¿Ha bajado ya Nora?

—Se fue hace una hora con Seth.

—¿Pero le has dicho que estoy aquí?

—La verdad es que no he tenido ocasión porque fui a la panadería y cuando volví ya se había ido.

Saco el teléfono de mis vaqueros y marco el número de mi hermana.

—¡Hermana! ¿Por qué no me llamaste ayer? —pregunta.

—Porque estoy en casa.

—¿Y qué tiene que ver que estés en tu casa para llamarme?

—En mi casa no, en casa.

El chillido de mi hermana casi me deja sorda, y tras apurar a Seth para

que dé la vuelta cuelga el teléfono con la promesa de vernos en cinco minutos.

—Sigue estando completamente loca —sonrío—. Voy a esperarla en la puerta.

Mala elección. De hecho, una pésima elección. No había otra hora para sacar al maldito perro, solo la misma en la que yo salgo a recibir a mi hermana. En cuanto me ve, *Demon* se viene hacia mí a la carrera y vuelve a ponerse a dos patas sobre mí, que no es que sea muy alta, y nuevamente termino despatarrada en la nieve con el maldito chucho chupeteándome la cara.

—¡Vamos, *Demon*! ¡Aparta! —Intento imponerme, pero el perro se pone en pompa y me ladra en todo el oído—. Vamos, bonito... ¡Busca el palo! ¡Y el palo, *Demon*? ¡Tráeme un palo!

El perro se tumba ahora encima de mí, aplastándome. Intento levantar la cabeza para buscar a Ian, pero el tío no está por ninguna parte.

—Tu dueño debería sacarte con correa, ¿sabes? —protesto— Y también enseñarte buenos modales.

Otro lametazo en toda la boca.

—¡Joder, qué asco! ¿Es que no sabes que las personas olemos de distinta manera? ¡Huéleme, no soy mi hermana!

Al fin escucho a Ian llamar al perro, y le llamo a voces hasta que vuelve la cabeza hacia el desastre que soy ahora mismo.

—¡*Demon*, aparta! —ordena, y el perro obedece de inmediato— Lo siento, se ha escapado de casa en un descuido —se disculpa tendiéndome la mano—. ¿Estás bien?

—¿Tú ves que lo esté? —protesto aceptando su mano— Estoy empapada y tu perro me ha metido toda la lengua en la boca después de aplastarme.

—Quién fuera el perro...

—¿Cómo dices?

—Que siento que el perro te acose.

—Deberías. Ahora voy a tener que subir otra vez a ducharme.

—Entonces será mejor que suba a mi cuarto... por si te vuelves a dejar caer en toalla.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Intento quitarle hierro al asunto, Zoe. Mira, no sé por qué mi perro te ha cogido tanto cariño, pero el caso es que le caes bien aunque eso pueda significar tu muerte cualquier día de estos. Intentaré controlarle, ¿de acuerdo? Pero que mi perro sea efusivo no significa que tengas que odiarme a mí.

—No te odio, pero no me caes bien.

—Cuando me conozcas cambiarás de opinión.

—Puedes empezar haciendo algo por mí. Mi hermana está al llegar y tengo que ducharme y lavarme los dientes. ¿Puedes entretenerla mientras tanto?

—Creo que no, porque si lo hago perderé la oportunidad de verte desnuda.

—No vas a verme desnuda ni cuando las vacas vuelen, Ian.

—Te aseguro que te veré completamente desnuda antes de que vuelvas a Nueva York.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad, machote?

—Solo comento lo evidente.

Me enlaza por la cintura y me pega a su cuerpo haciéndome sentir en el estómago su enorme y dura erección.

—Te gusto aunque intentes aparentar lo contrario —susurra—, y te aseguro que te tendré en mi cama como regalo de Santa Claus.

Dicho esto, pega su boca a la mía y pierdo por completo la noción del tiempo y el lugar. Cuando su lengua se abre paso entre mis labios pierdo la

capacidad de pensar y antes de lo que esperaba estoy encaramada a su cuerpo enredando los dedos en su pelo.

—¡Pero bueno! —Oigo la voz de mi hermana entre la neblina que me rodea—. Acabo de saber que has vuelto, ¿y ya le estás comiendo la boca al vecino?

Me aparto de Ian como accionada por un resorte e intento alisarme sin éxito la ropa hecha un desastre.

—Ha sido él quien me ha besado a mí —protesto—. Después de su perro, por cierto, así que se ha comido todas sus babas.

—Con babas de perro o sin ellas yo no he visto que opongas mucha resistencia, hermanita —dice mi hermana con picardía.

—No podía darle un rodillazo en las canicas al mejor amigo de Mark, ¿no crees?

—Bolas, nena... —susurra Ian— Recuerda, son bolas.

—Cállate.

—Joder, sois adorables —ríe Seth, que permanece apoyado en el coche mirándonos con curiosidad.

—¿Sabéis qué? —protesto— Que os den.

Me vuelvo y entro en la casa dejándoles allí plantados, pero al poco tiempo mi hermana me alcanza en las escaleras dándome un gran abrazo.

—¡Cuánto me alegro de verte, Zoe! —exclama— Te he echado muchísimo de menos.

—Y yo a ti —contesto devolviéndole el abrazo—. ¿Cómo es que has terminado haciéndome caso con Seth?

—No podías aguantar sacar el tema, ¿eh?

—¿Cuántas veces te lo dije?

—¡Ya lo sé! Pero las cosas tienen que pasar a su debido tiempo, y nuestro momento es ahora.

—No hace falta que te diga que me alegro mucho por vosotros, ¿verdad?

—Creo que yo también tengo que alegrarme por ti después de lo que he visto en el jardín de casa.

—Lo que has visto no es lo que crees.

—¿Seguro?

—¡No le soporto! —gimo— Ese tío es repelente y su perro insoportable.

—¿*Demon* insoportable? ¡Si es un amor!

—Eso lo dices porque no te ha proclamado su trofeo personal. Es la segunda vez desde que volví que termino en el suelo por culpa de ese chucho.

—¿En el suelo? —ríe Nora.

—Sí, en el suelo. Y hoy no se ha conformado con llenarme de babas, hoy me ha utilizado de alfombra.

—Pues es un perro muy educado...

—Pues lo es con todo el mundo menos conmigo.

—Pero eso no tiene nada que ver con el dueño. No me negarás que Ian es un bomboncito de chocolate con caramelo...

—No está mal.

—¿Que no está mal? —pregunta sorprendida— ¡Está como un tren!

—Si te gustan los engreídos.

—Zoe, en serio, no sé a quién habrás conocido tú, pero te aseguro que no estamos hablando del mismo Ian. Es una gran persona y además es divertido.

—Aunque así fuera, que no estoy diciendo que a mí me lo parezca, te recuerdo que vivo en Nueva York.

—Eso se puede cambiar.

—No si quiero ser diseñadora de moda.

—Claro, porque en estos años has llegado muy lejos.

—Ese es un golpe muy bajo —protesto dolida.

—Lo siento, pero es la verdad. Esa jefa tuya es una víbora que jamás va a permitirte que le hagas sombra, porque sabe que tus diseños son infinitamente mejores que los suyos.

—Algún día...

—Algún día serás vieja y mirarás hacia atrás arrepentida de haber seguido en Nueva York. Puedes poner tu propio negocio aquí, en Charlottesville.

—No es tan sencillo, Nora. Necesito mucho dinero.

—Papá te lo puede prestar y lo sabes.

—Pero es que no quiero que lo haga. Mamá y él se merecen pasar su jubilación viajando con sus ahorros y no seré yo quien les chafe su sueño.

—Mira que eres cabezota...

—No lo sabes tú bien. Y ahora voy a ducharme que me estoy quedando helada.

A mi hermana se le ilumina la mirada, cosa que me hace reír.

—No te molestes en buscar tu regalo —la advierto—, lo he escondido muy bien y jamás serás capaz de encontrarlo.

—Aguafiestas —protesta.

—¿Tú no ibas a alguna parte?

—Nos hemos apuntado al taller de coronas navideñas. Podrías venir con nosotros.

—No creo que sea buena idea. Hay que reservar y ya no quedarán plazas.

—Seth te cederá la suya encantado. El pobre viene solo para hacerme feliz.

—¿Y qué va a hacer él mientras tanto?

—Te aseguro que algo se le ocurrirá.

La brillante idea de mi cuñado ha sido invitar a Ian a acompañarnos. Tenía la esperanza de que ellos se marchasen a tomar un café, pero en vez de eso se han quedado para ayudarnos a decorar las coronas, que después pondremos en la puerta de casa. La verdad es que después del beso de antes me pone un poco nerviosa tener a Ian tan cerca, pero disimulo lo mejor que puedo.

—No voy a morderte, Zoe —susurra divertido—. Respira.

—Permíteme dudarlo. Después de lo que me ha hecho tu perro me espero de ti cualquier cosa.

En vez de ofenderse, Ian sonrío complacido y sigue enredando el espumillón verde alrededor de la corona de paja. Cuando termina me la ofrece para que le ponga el alfiler que sujete todo, pero al clavarlo lo hago por error en su pulgar.

—¡Auch! —aúlla llevándose el dedo a la boca— ¿Esa es tu forma de vengarte?

—¡Claro que no! Ha sido sin querer, lo siento mucho.

—Dilo otra vez... ¿Has oído, Nora? ¡Tu hermana se ha disculpado conmigo!

Le golpeo con el hombro y una sonrisa y sigo haciendo ramitos de muérdago para colocarlos en la corona. Me llega la risa de mi hermana a nuestra espalda, y aunque me da miedo mirar, vuelvo la cabeza.

—¿Qué tramas? —pregunto.

—Mira arriba.

¡Será capulla! ¡La muy bicho ha colgado en la lámpara que hay encima de nosotros una rama de muérdago!

—Eso no sirve —protesto—. Tiene que estar colgada ahí por casualidad.

—Y está ahí por casualidad. Ha sido una casualidad que colgase esa

rama de muérdago en la lámpara para adornarla y que precisamente estuviera sobre vuestras cabezas.

—No pienso besarle —protesto.

—Aguafiestas —me pica Seth.

—Tú cállate, que desde que estás con Nora te has vuelto tan capullo como ella.

—¿Es que le tienes miedo a un inofensivo beso? —pregunta Ian.

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿por qué no hacer a tu hermana feliz?

Me sujeta del cuello y se acerca para besarme de nuevo, y me olvido de mi hermana, de Seth... y del motivo por el que Ian no me gustaba en absoluto.

Capítulo 3

Al día siguiente, tras la cena, vamos todos juntos a la universidad para ver el encendido de luces. Aunque en mi fuero interno tenía la leve esperanza de que Ian no viniese con nosotros, es él quien conducirá su todoterreno hasta allí, así que me va a tocar aguantarle nuevamente... y evitar que note que no me desagrada tanto como le intento hacer ver.

El beso que me dio ayer en el taller de coronas navideñas fue alucinante. Ahora comprendo perfectamente esa sensación que los escritores describen en las novelas románticas, cuando a sus protagonistas las piernas se les convierten en mantequilla, gelatina o cualquier otro alimento que termine derritiéndose con el calor abrasador. Porque eso precisamente fue lo que yo sentí con ese beso: un calor que me quemaba desde dentro y que casi me hace perder el equilibrio.

A diferencia del beso que me dio un rato antes en la puerta de mi casa, este fue intenso, seductor, y muy... muy erótico. En cuanto cerré los ojos fui perfectamente capaz de imaginarme a Ian desnudo sobre mí haciendo maravillas para mi exclusivo disfrute. Y eso no está bien... nada bien. En primer y más importante lugar porque es el mejor amigo de mi hermano, y en segundo lugar porque en cuanto terminen las vacaciones volveré a Nueva York, a mi triste y vacío apartamento y a mi desesperante trabajo. Volveré a tener que cumplir todas las exigencias de Ruth sin quejarme sea la hora que

sea, dejando de tener vida propia. Y aunque mi hermana tiene razón y puedo montar mi propio negocio, no pienso permitir que mis padres se queden sin el único sueño por el que ambos han trabajado muy duro durante toda su vida.

Vuelvo la cara hacia la ventanilla para no ver más a Seth y a Nora dándose el lote, porque la verdad es que ya se pasan de empalagosos... y para qué engañarnos, me dan muchísima envidia.

El campus está como cada año a reventar de jóvenes armados con collares improvisados hechos con luces de colores y muchas ganas de pasarlo bien. Los más jóvenes han hecho grupitos en las zonas más apartadas para divertirse pillando una buena borrachera, y en la zona más próxima al edificio principal nos encontramos los que ya hace tiempo que dejamos esa etapa atrás. Tampoco es que sea una abuela, pero ya me acerco a los treinta y se me han pasado las ganas de emborracharme cada vez que salgo a divertirme.

Mi hermano ha desaparecido entre la gente dejándome sola con su amigo y la parejita... una situación que me gustaría haber podido evitar a toda costa. Con tanta gente es normal que haya empujones y sucedan accidentes, por eso Nora y yo hemos terminado apretadas contra los cuerpos de nuestros acompañantes. El paquete de Ian está pegado a mi culo y aunque intento apartarme lo único que consigo es estar más apretujada contra la chica de delante y seguir notándole igual, porque la gente aprovecha cualquier atisbo de aire entre personas para acercarse al edificio principal un poco más.

—¿Quieres estarte quieta de una puñetera vez, Zoe? —protesta Ian— Al final vamos a acabar en el suelo.

—Yo no tengo la culpa, me empujan por todas partes —miento.

—Si te quedases pegadita a mí no te empujaban. Siento que mi presencia te incomode, pero es lo que hay.

—No me incomoda tu presencia sino tu paquetito.

—¿Paquetito? —contesta con una ceja arqueada.

—¡Ya sabes a qué me refiero!

—No es por nada, pero tengo un paquete más que aceptable, ¿sabes? —
bufa— Y de todas formas no creo que prefirieses sentir el del tío que tengo al
lado.

Vuelvo la cabeza para encontrarme de bruces con un hippie que hará
semanas que no se ha duchado y con los ojos de haberse fumado un par de
porros antes de llegar.

—Paso —contesto volviendo a pegar mi espalda a él—. Más vale malo
conocido que bueno por conocer.

—Te aseguro que el conocido no es tan malo como quieres creer, Zoe —
susurra en mi oído—. Si quisieras el malo podría hacer que te lo pasaras muy
bien.

—Paso, gracias.

—Tú misma. Pero si cambias de opinión recuerda que solo tengo que
entrar por tu ventana...

—El único hombre que tiene permitido entrar por mi ventana es Santa
Claus... y solo para traerme regalos.

Siento la risa de Ian burbujear en su pecho, haciéndome sonreír. Para
qué engañarnos... me gusta chingarle y que él me conteste, pero sobre todo
me encanta que me provoque como lo hace. El encendido de luces es tan
espectacular como lo recordaba, y aunque todos estos años que llevo fuera de
casa no he perdido la oportunidad de verlo en Internet, no hay nada como
vivirlo de primera mano.

Nora y Seth se pasan gran parte del tiempo morreándose y yo hace rato
que he aceptado que mi única compañía esta noche es Ian, así que cierro los
ojos y empiezo a moverme al compás de la música de este año. Siento sus
manos resbalar por mis caderas cada vez que me muevo y eso me hace
sentirme bien, casi poderosa, porque sé que aunque le haya hecho creer que no

le aguanto sigue velando por mi seguridad. Al final mi hermana va a tener razón: Ian es un buen tío después de todo, y si las circunstancias fuesen distintas no me importaría terminar liándome con él, la verdad.

Cuando la cosa empieza a desmadrarse mi hermana sugiere que nos marchemos, y vamos al puesto de árboles de Navidad para escoger el nuestro y los de Ian y Seth. Seth no le da demasiada importancia y coge el primero que ve lo suficientemente bajo para entrar en su piso, pero Ian es harina de otro costal. Hace más de media hora que Nora y yo elegimos el nuestro, y eso que somos un poco quisquillosas al respecto, pero Ian sigue mirando los árboles como si estuviese buscando alguna señal que le indique que ese es el adecuado.

—¿Por qué no vais vosotros a tomar un café mientras tanto? —sugiere de pronto— Zoe se quedará conmigo mientras elijo y ahora os alcanzamos.

—¿No os importa? —pregunta Seth mirándome con curiosidad.

—Claro que no —contesto—. Nos vemos en la cafetería de siempre.

Ian me mira claramente sorprendido y me encojo de hombros para quitarle importancia.

—Estoy un poco cansada de verlos achucharse —explico.

—¿Tanto como para querer pasar tiempo conmigo?

—Tanto como para querer pasar tiempo con los árboles.

Ian solo sonrío y se adentra un poco más entre los árboles. Le sigo sin decir nada, pero él se limita a cogerme de la mano y entrelazar sus dedos con los míos sin apartar la atención de los árboles.

—Nunca he tenido un árbol de Navidad —explica—. Mis padres eran ateos y nunca tuve adornos, regalos o un árbol. Por eso quiero que este año todo sea perfecto.

—¿Dónde están ahora?

—Murieron el año pasado. Nada trágico —se apresura a aclarar—, eran

muy mayores y había llegado su hora.

—Lo siento mucho.

—Esta va a ser mi primera Navidad.

Ahora sí que me siento un poco *Grinch*, y también algo culpable. Desde que llegué he intentado que mi familia le excluya de nuestras tradiciones navideñas, pero seguro que todos sabían que era la primera Navidad de Ian. Cuando lleguemos a casa pienso tener una charla muy seria con mi hermana por no haberse dignado a decírmelo.

—Muy bien —suspiro—, elijamos el árbol perfecto para tu primera Navidad.

Doy vueltas alrededor de los árboles prestando tanta atención como Ian, solo que yo sí sé lo que hay que buscar.

—El árbol perfecto tiene que ser frondoso —explico—, para poder ponerle muchos adornos bonitos. También tiene que tener un tamaño acorde con la habitación en la que lo quieras poner, y sobre todo debe tener raíces para poder volver a plantarlo cuando termine la Navidad.

—Veo que sabes mucho de árboles —sonríe Ian.

—Me encantaba la Navidad. Me encanta —corrijo—, pero desde que vivo en Nueva York casi lo había olvidado.

—¿Te gusta tu trabajo?

Creo que es realmente la primera persona que me pregunta algo así. Todos se empeñan en hacerme ver que no es lo que quiero, o lo que merezco, pero nadie se ha tomado la molestia de preguntarme si me gusta lo que hago.

—Si quitamos que mi jefa es un demonio y que me hace trabajar incluso cuando tengo tiempo libre... supongo que sí me gusta. Pero desde luego no es lo que tenía en mente cuando me fui a Nueva York.

—¿Y qué tenías en mente?

—Ser diseñadora de moda. Tenía la estúpida idea de tener mi propia

marca de ropa... ahora ya sé que es imposible.

—¿Te has planteado quedarte en la ciudad?

—Claro que sí, pero no tengo dinero para montar mi propio negocio y no puedo permitir que mis padres empleen sus ahorros para eso.

—Siempre se encuentra una solución, Zoe, no te des por vencida.

—Creo que ya me he resignado a seguir como hasta ahora.

En ese momento veo el árbol perfecto para Ian: no es demasiado grande, pero para una primera Navidad está genial.

—¡Aquí está! —exclamo— Te presento a tu árbol de Navidad.

Ian sonrío ante mi ridícula reverencia y llama al dueño del puesto para pagar el árbol. Tras subirlo al coche entre los dos (cosa que casi acaba conmigo en el suelo y con él tuerto del ojo derecho) nos encaminamos al bar para reunirnos con los demás.

—Sí que habéis tardado —protesta Nora—. ¿Es que habéis ido a talar el árbol al bosque o qué?

—El primer árbol de Navidad de una persona necesita su tiempo —respondo—. No podía permitir que se quedase con el primer árbol, ¿verdad?

—¿Es tu primera Navidad? —pregunta Nora sorprendida.

Vale, Nora tampoco lo sabía. Ya no me siento tan macabra por haber querido excluirle de las fiestas.

—Mis padres eran ateos y no creían en celebraciones de ese tipo —explica Ian encogiéndose de hombros—. Decían que la Navidad es la excusa perfecta para comer en exceso y gastar a manos llenas, así que...

—¡Entonces tienes que ayudarle, Zoe! —exclama mi hermana.

—Es cierto —la apoya Seth—, si hay alguien que conoce la Navidad a la perfección eres tú.

—La verdad es que no he puesto ni un solo árbol desde que estoy en Nueva York.

—¡No, Zoe! —exclama Nora— ¿Por qué?

—Nunca he tenido tiempo para hacerlo. Llevo sin tener vacaciones desde que me marché, mi jefa no entiende de sentimientos navideños.

—Pues con más razón vas a ser la encargada de iniciar a Ian en la Navidad —sentencia muy decidida—. Él aprenderá de la mejor y tú te resarcirás por estos años sin hacerlo.

—No creo que a tu hermana le haga mucha gracia pasar tiempo conmigo —protesta Ian—. Por si no os habéis dado cuenta, no le caigo demasiado bien.

—No eres tú, es tu chucho —me defiendo.

—Te recuerdo que *Demon* tiene pedigrí.

—Y pulgas.

—Tiene pulgas en los...

—¡Ya está bien! —nos interrumpe Nora— ¿Vosotros os estáis viendo? ¡Parecéis niños de primaria!

Miro al suelo, avergonzada porque sé que en el fondo tiene razón, pero es que es nombrar al perro y... miro de reojo a Ian, que parece tan avergonzado como yo.

—Tendré más cuidado con *Demon*, ¿de acuerdo? —me concede.

—Es todo lo que te pido.

—Perfecto —contesta Seth levantándose—. Ahora que estamos seguros de que la sangre no llegará al río, deberíamos volver a casa.

Tras dejar a Seth en casa, Ian aparca en su jardín y Nora se apresura a salir del coche, dejándome a solas con él. Me siento algo incómoda, pero hemos firmado una especie de tregua y he accedido a ayudarle con su Navidad, así que...

—¿Quedamos mañana después de desayunar para ir a comprar los adornos para tu árbol? —sugiero.

—Por mí bien.

—En ese caso, hasta mañana.

Voy a bajarme del coche, pero él me retiene agarrándome suavemente del brazo.

—Zoe... de verdad siento que mi perro la haya tomado contigo. Intentaré controlarle mejor a partir de hoy, te lo prometo.

—Tampoco es que sea culpa tuya —reconozco.

—Solo quiero que seamos amigos. ¿Es mucho pedir?

—Supongo que ya lo somos, ¿no? Hasta mañana, Ian.

—Hasta mañana, preciosa.

Capítulo 4

A la mañana siguiente bajo a toda prisa a para poder llegar a tiempo con mi cita con Ian. Bueno, realmente no es una cita, pero me siento igual que si lo fuera. Ni siquiera soy capaz de desayunar a pesar de que mi madre ha hecho tortitas, pero estoy tan nerviosa que no creo que me entre en el estómago nada más que un café. He decidido regalarle la corona navideña que hicimos juntos en el taller para que la ponga en su puerta, y nosotros nos quedaremos con la de Nora.

Cuando subo los escalones del porche para llamar al timbre, veo a *Demon* mirándome desde el jardín moviendo el rabo y con la lengua fuera.

—No, no, no... vamos, *Demon*, no seas malo... —susurro llamando desesperadamente a la puerta—. ¡Ian, date prisa, joder!

Demon echa a correr hacia mí y empiezo a andar hacia atrás para alejarme de él, pero me termino quedando atrapada entre la pared y la baranda, así que inspiro con fuerza y miro al perro con severidad.

—¡Quieto, *Demon*! —ordeno señalándole con el dedo— ¡Pórtate bien!

El perro me sorprende deteniéndose en seco a un par de pasos de mí y sentándose sobre sus patas traseras mirándome como si hubiese hecho una hazaña heroica, y no puedo evitar echarme a reír.

—¡Buen perro, *Demon*! ¿Ves como puedes ser un buen chico?

Me arrodillo a su lado para acariciarle detrás de la oreja, y río al verle

levantar la pata para rascarse en el costado como si tuviese cosquillas.

—Serás muy grande, campeón —susurro—, pero eres más tonto que un cachorrito.

—Te lo he dicho mil veces —contesta Ian.

Vuelvo la mirada hacia la puerta para encontrarle apoyado en la pared con aire despreocupado. Hoy se ha puesto unos vaqueros y una chaqueta de cuero, y si no tuviese un mínimo de dignidad terminaría con la lengua fuera igual que *Demon*. En vez de hacerlo me levanto del suelo y le ofrezco la corona que he dejado sobre el banco de la entrada.

—He pensado que te vendría bien esto —digo—. Nosotros pondremos la que hicieron Nora y Seth.

—Gracias, Zoe. Iré a por un clavo y un martillo para dejarla puesta antes de irnos. ¿Has desayunado?

—Me he tomado un café antes de salir.

—Eso no es desayunar —contesta volviendo al porche—. Pararemos antes de empezar con las compras.

Se ha quitado la chaqueta y la camiseta negra que lleva debajo marca sus músculos haciéndome babear. Me quedo hipnotizada mirándole trabajar, y si no llega a ser porque *Demon* mete su helado hocico debajo de mi mano para que siga acariciándole Ian me habría cazado comiéndomelo con la mirada.

—Listo —dice soltando el martillo y poniéndose la cazadora—. ¿Nos vamos?

Vivimos a un par de manzanas de la calle principal del pueblo, así que decidimos ir andando hasta el centro comercial. Tras desayunar, nos vamos al puesto de adornos navideños para vestir el árbol de Ian. No recordaba lo mucho que me gusta ir de compras, ni tampoco lo bien que me siento comprando adornos de Navidad. En cuanto vuelva a casa compraré un árbol y un montón de adornos y pondré mi propio árbol aunque solo vaya a durar hasta

Año Nuevo.

Ian se limita a mirarme divertido y a darle su tarjeta al dependiente de la tienda. Todo lo que elijo le parece estupendo, y llegamos a casa a la hora de comer cargados de bolsas, porque reconozco que yo también he comprado algunos adornos que me han encantado para mi futuro árbol.

—¿Quieres quedarte a comer? —le pregunto, porque en realidad no quiero que se vaya.

—No creo que sea buena idea presentarme sin avisar, Zoe.

—Tonterías, mi madre siempre prepara comida de sobra. Vamos, pasa.

—Voy a dejar las bolsas en casa y ahora vengo, ¿de acuerdo?

Asiento y suspiro en cuanto se da la vuelta y fijo mis ojos en su culazo. Porque eso no es un culo normal y corriente, es un culo de primera.

—Te gusta.

Me sobresalto al oír la voz de mi hermana, a quien no he visto sentada en el sillón del porche leyendo un libro.

—¡Joder, qué susto me has dado! —protesto— Y no me gusta.

—No, qué va... Por eso le miras como si fuese tu cena.

—Reconozco que está bueno, pero no es mi tipo.

—Si tú lo dices...

—Voy a decirle a mamá que Ian se queda a comer —contesto volviéndome.

—Huye de la quema, cobarde —ríe mi hermana.

—No huyo de nada, porque no hay nada más que hablar.

Entro en la casa antes de escuchar la respuesta de mi hermana. ¿Gustarme, Ian? ¡Gustarme es poco! Pero no hay nada que hacer porque tengo que volver a mi vida. Pensar en la monotonía que me espera de regreso en Nueva York me entristece, pero aparto esa tristeza cuando veo a mi madre haciendo su espectacular casita de jengibre.

—¡Vaya! Está quedando preciosa, mamá —digo besándola en la mejilla.

—No se te ocurra meter el dedo en la crema, jovencita —protesta al verme las intenciones—. Aún tengo muchos adornos que pegar.

—Deberías presentarte al concurso del pueblo, estoy segura de que el primer premio sería tuyo.

—Precisamente por eso no me presento, cariño. Tengo que darle la oportunidad al resto de participantes de creer que su casa es la mejor, ¿no crees?

—Eres mala —río—. He invitado a Ian a comer, espero que no te importe.

—Ese muchacho puede venir a comer a casa siempre que quiera, se lo he dicho mil veces. ¿Qué tal han ido las compras?

—De maravilla. Hasta he comprado algunos adornos para mí. Pienso poner el árbol en cuanto vuelva a casa.

—Me ha dicho tu hermana que no solías ponerlo.

—No me ha dado tiempo a hacerlo, mamá. Terminaba tan cansada de trabajar que no tenía fuerzas para ponerme a adornar el árbol. Pero te aseguro que eso va a cambiar a partir de ahora.

—Me alegra oír eso, tesoro. ¿Quieres poner la mesa? La comida casi está.

Estoy en ello cuando mi hermana entra en casa sonriente del brazo de Ian, y me sorprende sentir algo parecido a los celos. Es una tontería, lo sé, pero Nora y yo somos prácticamente idénticas y me pregunto si el repentino interés de Ian en mí no se deberá a que realmente estaba interesado antes en mi hermana. ¿Pero qué más da? No voy a tener nada con él, así que no sé para qué me caliento la cabeza.

Casualmente Ian termina sentado a mi lado en la mesa, para gran satisfacción de mi hermana metomentodo.

—Esta noche vamos a hacer una fiesta de pijamas —dice mi hermana de repente—, como cuando éramos pequeñas.

—¿En serio, Nora? —ríe— ¿No somos ya mayorcitas para eso?

—¡Claro que no! Podemos tomar chocolate con nubes mientras vemos una película navideña como hacíamos antes y después quedarnos a dormir en el salón.

Reconozco que me tienta la idea de pasar un rato a solas con mi hermana, que lo estropea abriendo su enorme boca.

—¿Te apuntas, Ian? —pregunta— Seth y Mark también vendrán, y cuantos más seamos mejor.

—Me parece un gran plan. ¿Qué tengo que traer?

—Ese pedazo de cuerpo que tienes enfundado en un pijama —contesta Nora—. Quien venga sin él terminará en calzoncillos, lo advierto.

—Creo que podré apañármelas para encontrar uno a tiempo —ríe Ian.

—Pues entonces quedamos a las diez. Te aseguro que Zoe está muy mona con sus pijamas de ovejitas...

—¡Nora! —protesto— En primer lugar ya no utilizo pijamas de ovejitas, y en segundo lugar, no creo que eso le interese a Ian.

—La verdad es que sí me interesa —bromea apoyando la barbilla en la mano—. Me interesa muchísimo.

Mark me salva de contestar cuando entra en casa cargado de bolsas.

—Siento llegar tarde, pero tenía que terminar mis compras de Navidad —se disculpa.

Nora salta de la silla para hurgar en las bolsas, pero Mark levanta una pequeña que no ha soltado aún en el aire.

—De eso nada, mocosa —dice—. Este año no vas a fastidiarme la sorpresa.

—¡Déjame ver qué es, por favor! —pide— ¡Sabes que no puedo

esperar!

—Ni hablar.

—Déjame al menos ver el de Zoe —sugiere con una sonrisa traviesa.

—Claro, porque sabes que tu regalo será muy parecido al mío, ¿verdad?

—contesto.

—¡Pero cállate, que a lo mejor él no ha caído en eso! —protesta mi hermana— ¡Sois unos aguafiestas!

—¿Tú no quieres saber cuál es tu regalo? —pregunta Ian entre susurros.

—Yo tengo paciencia. Terminaré sabiéndolo en Navidad, ¿no?

—Por eso me gustas.

En un gesto impulsivo me besa en la mejilla ante la atenta mirada de mis padres, que sonrían satisfechos.

—Solo somos amigos, no os hagáis ilusiones —advierdo.

—Claro que no, cariño —contesta mi padre—. Sabemos que tu vida está en Nueva York.

Capítulo 5

Hace tiempo que dejé de lado los pijamas de muñequitos para dar paso a los camisonos sexys de raso y encaje. Por eso no me ha hecho ninguna gracia que mi hermana invite a Ian a nuestra fiesta de pijamas, porque me sentiré muy incómoda todo el tiempo. Por suerte metí un pijama bastante recatado con su bata a juego en mi maleta, así que al menos estaré bastante decente a pesar de todo.

Cuando mi hermana me ve salir de la habitación silba mirándome admirada.

—Madre mía, Zoe... ese pijama es precioso y muy elegante.

—Debería matarte por esto. ¿Sabes la vergüenza que voy a pasar?

—¿Por qué, si no enseñas nada?

—Porque este pijama no es precisamente para recibir visitas.

—Tampoco es para llevarte a un hombre a la cama.

—Pero me da corte que Ian me vea así. Ya me provoca bastante como para darle más munición.

—Pero, ¿por qué? Si está claro que te gusta que lo haga.

—Lo sé, pero no quiero que se haga ilusiones.

—Pues debería, y tú también porque os gustáis.

—Nora —suspiro agarrándola de las manos—, sé que te haría mucha ilusión que terminase saliendo con Ian, pero eso no va a pasar.

—Tu vida no tiene por qué ser una mierda, Zoe. Puedes dejar ese trabajo y buscarte la vida de otra forma.

—Pero es mi sueño, Nora. Y tengo que perseguirlo.

—¿Trabajando para una bruja que solo piensa en sí misma? Dime una cosa, Zoe. ¿Le has enseñado a Ruth tus diseños?

—Lo he intentado —reconozco.

—Pero ella nunca ha tenido tiempo de verlos, ¿a que no? Porque no le interesa. No quiere que nadie le haga sombra y nunca consentirá que dejes de ser su puñetera ayudante.

—Ese es mi problema, Nora, no el tuyo —protesto levantándome.

—¿Es que no te das cuenta de que me preocupo por ti? ¡No quiero que sigas viviendo una mentira cuando aquí podrías ser feliz!

—Voy a hacer palomitas.

Me alejo de mi hermana porque me duelen sus palabras aunque sé que tiene razón. Nora y yo somos tan diferentes como la noche y el día y no entiendo que prefiera vivir una vida que me consume a impedir que mis padres consigan aquello para lo que siempre han trabajado, pasarse la vida viajando por el mundo una vez se jubilen.

Preparo en un plato unas cuantas galletas de mi madre, las llevo a la mesa del salón junto con las palomitas y las nubes y me dejo caer en el sofá a esperar que lleguen los invitados. Mark salta sobre el respaldo del sillón dejándose caer a mi lado y me abraza con cariño.

—Por fin voy a pasar un rato a solas con mi hermana favorita —dice besándome.

—Mentiroso, seguro que a Nora le dices lo mismo.

—¿Ya te llevas bien con Ian?

—Le soporto por ti —miento.

—No es eso lo que he oído.

—¿Tú también?

—¿Yo también qué?

—No me gusta tu amigo.

—Vale... pero lo único que quería es que os llevaseis bien, nadie ha hablado de sentimientos.

—Es que Nora va a volverme loca. Está empeñada en que salga con Ian.

—Ya sabes cómo es, no le hagas caso.

—¿Y a ti cómo te va? ¿Has encontrado ya a una chica que te aguante?

—En ello estoy, la verdad —contesta sonriendo—. Hay una chica que me gusta, pero vamos despacio.

—¿Y por qué no la has invitado a esta locura de fiesta?

—Porque es pronto para que se enfrente a esta familia. ¿Qué quieres, que salga corriendo?

El timbre me sobresalta, y mi hermano se levanta a abrir. Estoy realmente nerviosa por pasar la noche con Ian aunque sea a distancia, y cuando le veo entrar casi me da un infarto. Lleva unos pantalones de pijama azules y una camiseta de manga corta blanca que marca sus abdominales, y cuando posa sus ojos sobre mí siento que mi piel arde.

—¡Vaya! —dice sentándose a mi lado— Esperaba ovejitas, no ese pijama tan...

—¿Convencional? —pregunto.

—Sexy —susurra en mi oído—. Me he puesto cachondo solo de pensar lo que escondes debajo de esa bata.

—Pues siento decirte que no lo vas a descubrir.

—Es una verdadera lástima.

Ian se estira para coger una galleta y la camiseta se le sube dejando ver los bóxers negros que lleva puestos. ¡Joder lo que me gustan sus bóxers!

—Venga, ¿qué película vemos? —pregunta mi hermana.

—Mientras no sea de miedo, la que queráis —contesto yendo a servir el chocolate.

Al final deciden poner una de acción para disgusto de mi hermana, y me siento junto a Ian tapándome con la manta y con mi tazón de chocolate cubierto de nubes.

—Vas a ponerte mala —ríe al ver mi taza.

—Te aseguro que no, siempre me lo pongo igual.

—Eres una golosa.

—Mucho, así que si alguna vez quieres hacerme un regalo, que sean bombones.

Me arrepiento al instante de haber dicho eso, porque mi hermana ya está mirándonos con una sonrisa de satisfacción. Mi hermano apaga la luz para poder ver la película, y a cada minuto que pasa me siento más y más nerviosa. Ian ha pasado su brazo por el respaldo del sillón y su mano está peligrosamente cerca de mi hombro. Solo tendría que echarme un poco hacia atrás para que me rozara, así que estoy sentada tan recta que voy a terminar con dolor de espalda.

—Relájate, Zoe —susurra Ian—. Habíamos quedado en que éramos amigos, ¿no?

—Un amigo no te dice que le pones cachondo.

—Era verdad. ¿Qué querías que hiciera, mentirte?

—Omitirlo habría estado bien, la verdad.

—Siento habértelo dicho. ¿Contenta?

Me sujeta del hombro con la mano haciéndome caer hacia el hueco de su cuerpo.

—Mejor así, que no voy a morderte si no quieres —continúa.

Me quedo acurrucada en él porque la verdad es que estoy mucho más

cómoda así, pero ya no me parece tan buena idea cuando introduce su mano bajo el cuello de la bata y acaricia suavemente la curva de mi pecho. Aparto su mano rápidamente y me pongo recta de nuevo, lo que le hace reír suavemente y pegar su boca a mi cuello desnudo.

—Relájate —susurra—. No voy a hacer nada que no quieras.

—Es que no quiero que lo hagas —contesto.

—¿Segura?

Le miro a los ojos fijamente, craso error porque pega su boca a la mía haciéndome perder el sentido. En cuanto sus labios rozan los míos me olvido de la película, de mis hermanos y de los motivos por los que no es buena idea que haga lo que estoy haciendo. Subo la mano lentamente desde su estómago a su mejilla y la dejo ahí mientras su lengua se adentra en mi boca. Sus besos son adictivos, cálidos y dulces, y cierro los ojos para disfrutar de las sensaciones que me recorren cuando su lengua juguetea con la mía

Ian se separa de mí apoyando su frente en la mía. Su respiración está acelerada, puedo sentir el latido desbocado de su corazón en la palma de mi mano, y me aparto de inmediato cuando me doy cuenta de que es mi corazón el que siento, no el suyo.

Me alejo hasta la cocina para serenarme, pero Ian me sigue y me aprisiona contra el mueble.

—¿Por qué huyes? —pregunta.

—Estaban todos delante.

—¿Y qué?

—¡No pienso liarme contigo estando mi hermano delante!

—¿Crees que tu hermano se contendría si estuviese aquí su chica?

—Yo no soy mi hermano.

—Me gustas mucho, Zoe —susurra acariciando mi cuello—. Podríamos pasarlo muy bien antes de que vuelvas a Nueva York.

—No me gusta el sexo de una noche.

—No sería una sola noche, te lo aseguro.

Ian pega sus caderas a las mías dejándome notar el bulto de su erección.

—Te deseo, y sé que tú también me deseas a mí. ¿Qué tiene de malo pasarlo bien?

Vuelve a besarme, esta vez con mayor dureza, pero aun así consigue calentar mi sangre de nuevo.

—Vamos a mi casa —susurra—. Olvidémonos de esta fiesta y déjame que te enseñe lo mucho que me gustas.

—No puedo hacer eso —contesto apartándole—. Tengo que quedarme por Nora.

—¿Mañana, tal vez?

—Mañana.

Volvemos al salón, y aunque parece que nadie se ha dado cuenta de nuestra ausencia mi hermana sonrío con satisfacción.

No puedo dormirme por culpa de Ian. No puedo dejar de mirarle, tumbado en la alfombra junto a mi hermano, y pensar en su proposición. ¿Estoy haciendo lo correcto al dejarme llevar?

—¿En qué piensas? —susurra de repente.

—En nada —miento.

Ian suspira y se levanta para tumbarse a mi lado. El sillón es algo ancho, pero no lo suficiente para los dos y tiene que pegarse por completo a mí para no terminar de bruces en el suelo.

—¿Te lo estás pensando? —pregunta.

—Claro que no.

—Pues lo parece.

—Suelo darle muchas vueltas a las cosas y esta vez me he dejado llevar. No me siento muy cómoda haciéndolo.

—Nora y tú no podéis ser más distintas —sonríe—. No hay nada de lo que preocuparse, Zoe, te lo prometo.

—Lo sé, es solo que...

Ian interrumpe mis palabras besándome, y apoya mi cabeza sobre su pecho.

—Vamos, duérmete —sugiere—. Lo verás todo más claro por la mañana.

Capítulo 6

Al despertarme veo que Ian y mi hermano ya se han levantado. Observo a Nora y a Seth, que duermen abrazados al otro lado de la alfombra, y siento una envidia terrible por no tener lo mismo que tienen ellos. He dejado mi vida de lado para perseguir mi sueño, pero ahora no tengo ni lo uno ni lo otro. Me levanto con un suspiro y entro en la cocina a reunirme con los demás. Ian me mira tan intensamente que si no llego a sentarme en ese momento habría terminado en el suelo, y me sirve una taza de café humeante.

—¿Dónde están mamá y papá? —pregunto a mi hermano.

—Aprovecharon nuestra fiesta para ir a ver a la tía Mary Anne, que este año no va a poder venir a pasar las fiestas con nosotros.

—Vaya... quería hacer más galletas con mamá —suspiro—. Ya no quedan y quiero llevarme algunas cuando vuelva a mi casa.

—Puedo ayudarte si quieres —se ofrece Ian ante la asombrada mirada de mi hermano.

—¿Tú? —ríe Mark— ¡Si no sabes freír ni un huevo!

—Nunca es tarde para aprender, ¿sabes? —se defiende.

—Ya nos hemos dado cuenta todos de que te gusta mi hermana, Ian, no hace falta que disimules.

Golpeo a mi hermano en el brazo y le arranco de la mano el plato de tortitas recién hechas para sentarme a desayunar, roja como un tomate.

—Debería ir a sacar a *Demon* —dice Ian levantándose—. Nos vemos luego para hacer esas galletas.

Me quedo hipnotizada mirando ese culo de infarto que llena tan condenadamente bien los pantalones de pijama y un escalofrío recorre mi espalda. Ese culo será mío esta noche, y aunque estoy hecha un manojo de nervios realmente deseo hacer esto, deseo liarme por una vez la manta a la cabeza y dejarme llevar. Solo espero que *Demon* no decida unirse a la fiesta...

Paso gran parte de la mañana sola en casa porque mi hermana se ha marchado con Seth y Mark tiene que trabajar, y aprovecho para ver si tengo todos los ingredientes para hacer las galletas y decorarlas. Ian llega poco después de comer con un delantal en la mano y una sonrisa.

—¿Preparada? —pregunta.

—¿Lo estás tú?

—¿Para pasar la tarde con una mujer preciosa? Eso siempre.

Seguro que se lo dice a todas, pero eso no quita que mi ego se infle un poquito ante su piropo. Me vuelvo para ir a la cocina, pero Ian me agarra de la cintura y me pega a su cuerpo, haciéndome notar en el culo el bulto de su erección.

—¿Estamos solos? —pregunta besándome en el cuello.

—Sí, pero pueden llegar de un momento a otro.

—En ese caso tendremos que darnos prisa.

No sé cómo he acabado sentada en la isla de la cocina con la falda en las caderas y su cuerpo pegado al mío. Su boca ha saqueado la mía sin que oponga resistencia, su lengua juega con mis sentidos y mi cordura. Estoy a mil por hora, me muero de ganas de que deje los besos para pasar a mayores, pero lo único en lo que puedo pensar es en que mi familia puede llegar en cualquier momento y pillarnos así. Le aparto con cuidado y me bajo de un salto del

mueble para ponerme a sacar los ingredientes de las condenadas galletas y poder pensar con claridad.

—¿Qué pasa? —pregunta con un suspiro.

—Cualquiera puede llegar de improviso y pillarnos, Ian. Centrémonos en las galletas, ¿de acuerdo?

—Muy bien —contesta poniéndose el delantal.

Un par de horas después, entre besos y manchas de harina, hemos sacado una cantidad aceptable de galletas, aunque en vez de navideñas parecen hechas por el *Grinch* para fastidiar las fiestas de lo feas que nos han quedado. Ian las mira con tanta satisfacción que no puedo evitar estallar en carcajadas.

—¿De qué te ríes? —protesta— Están perfectas.

—¿Perfectas? ¡Son horribles! ¿Estás seguro de que realmente no eres el *Grinch*?

—Para ser mis primeras galletas no están nada mal...

—Si tú lo dices...

Ian sale a correr detrás de mí y huyo por la puerta del jardín hasta su casa. La puerta de atrás está abierta y entro en ella a toda prisa, pero *Demon* se abalanza sobre mí sacando los dientes, matándome del susto.

—¡*Demon*, abajo! —ordena Ian— ¿No ves que es Zoe, gilipollas?

El perro me mira con cara de idiota antes de pasarme su asquerosa lengua por toda la cara y marcharse.

—¿Estás bien? —pregunta Ian— Le voy a cortar los huevos.

—Ha sido culpa mía por entrar así en tu casa. Él solo la estaba defendiendo.

—Espera... ¿Estás defendiendo a mi perro? —bromea.

—¡Cállate!

Ian me ayuda a levantarme pegándome a su cuerpo. Tengo la respiración acelerada por la carrera, pero tenerle tan cerca no ayuda a que mi corazón

logre calmarse.

—Ahora no hay nadie que pueda interrumpirnos —susurra besándome en la comisura de los labios—. Mi cocina es más pequeña, pero nos puede servir.

—¿Y no estaría mejor utilizar una cama? —propongo acariciando su cuello muy despacio— Estaríamos mucho más cómodos...

Ian me levanta en peso y enredo las piernas en sus caderas mientras me lleva hasta su habitación y me deja caer en la cama. Sonríe en cuanto cierra la puerta con cerrojo, y se vuelve hacia mí con una sonrisa para pasearse a gatas sobre mi cuerpo.

—Evitemos que *Demon* haga de las suyas, ¿te parece? —susurra antes de besarme.

He acariciado sus músculos hace un momento a través de la ropa, pero no hay nada como sentir su piel entre mis dedos. Está caliente, duro y suave al mismo tiempo, y paso mis dedos por su culo prieto y redondeado antes de apresarlo con ellos.

—Shh... tranquila, preciosa —susurra—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Su boca obra magia a través de mi piel. Sus besos húmedos consiguen excitarme, y un millón de descargas eléctricas recorren mi cuerpo por donde él pasa su lengua caliente. Estoy a punto de perder la cordura, y en lo único en lo que puedo pensar es en el increíble hombre que tengo sobre mí. Sus manos me acarician con cuidado y sus ojos no se apartan de los míos más que para cerrarse cuando alguna de mis caricias le proporciona demasiado placer para soportarlo.

Cuando su miembro me penetra lentamente siento que casi puedo volar. Sus embestidas me transportan poco a poco al cielo, haciéndome estallar en mil pedazos, quedando laxa entre sus brazos. Cuando abro los ojos de nuevo,

veo a Ian apoyado en el brazo mirándome con satisfacción.

—¿Qué? —pregunto.

—Te dije que te tendría desnuda en mi cama antes de que volvieras a Nueva York, Zoe.

—¡Cállate! —exclamo riendo.

—Lo que no me podía imaginar es que fueras tan buena en la cama... me has dejado francamente sorprendido.

—No me digas esas cosas —susurro cubriéndome con la sábana avergonzada.

—¿Por qué? Es la verdad. Eres increíble, y ojalá te quedases para poder ver hasta dónde nos puede llevar todo esto.

Sus palabras me enfrían de golpe y porrazo. Me siento en la cama para vestirme, pero él me detiene agarrándome del hombro.

—¿Por qué huyes? —pregunta.

—Porque es imposible que me quede. Mi trabajo está en Nueva York y lo sabes.

—Podrías buscar un trabajo aquí.

—Esto no es lo que acordamos, Ian. No es justo.

—¿Por qué no es justo? Los dos sabemos que no tienes ningún futuro en Nueva York.

Sus palabras me duelen demasiado como para seguir con esto. Me levanto y recojo mi ropa del suelo para ir a cambiarme al cuarto de baño sin dirigirle la palabra.

—Zoe, lo siento —susurra a través de la puerta—. No pretendía decir eso.

—Es lo que piensas, ¿no es así? Mejor enterarme ahora.

—¡Eso es injusto!

—¿Injusto? ¡Dijiste que íbamos a pasarlo bien durante las vacaciones,

nada más! ¿A qué viene que me vengas ahora con esto?

—He cambiado de opinión.

—No me conoces, Ian. Apenas hace unos días que estoy aquí y ya crees conocerme, pero estás muy equivocado.

—¡Eso es precisamente lo que quiero, joder!

—Mi vida está en Nueva York, lo siento.

Me marcho a casa a toda prisa y me encierro en mi habitación dando un portazo. No puedo evitar romper a llorar al recordar las palabras de Ian, porque en el fondo sé que solo dice lo que todo el mundo piensa de mí. Mi hermana entra en mi cuarto poco después y se sienta a mi lado en la cama, limitándose a acariciarme la espalda.

—¿Quieres hablar? —pregunta al cabo de un rato.

—Soy estúpida, Nora —sollozo—. Debería haberme estado quieta y ahora no estaría hecha un auténtico lío.

—¿Es Ian?

—Me he acostado con él esta tarde.

—¿Y cómo ha sido? —pregunta muy interesada.

—¡Nora!

—¡Lo siento! Pero es que está tan bueno que tengo curiosidad, nada más.

—Ha intentado convencerme de que me quede aquí y me olvide de mi trabajo.

—¿Y acaso eso es tan malo?

—¡Claro que lo es! ¡Es mi vida, Nora! Llegamos a un acuerdo y no lo ha respetado.

—Porque le gustas de verdad.

—Eso no lo sabes.

—Por supuesto que lo sé. No hace falta ser muy listo para darse cuenta, creo que incluso papá y mamá lo han notado.

—¡Si apenas han estado en casa!

—Ya lo sé, pero se nota muchísimo, y también se nota que él te gusta a ti.

—No me gusta. Y su perro mucho menos.

—Deja de tomarla con *Demon* para evitar a su dueño, ¿quieres? Es un perro adorable y bueno y no voy a consentirte que sigas tratándolo mal.

—Está bien... lo siento.

—Y en cuanto a Ian... puede que a él puedas engañarle, pero a mí no me engañas. Te gusta mucho y te asusta hacerlo.

—No puedo dejarlo todo para vivir aquí. ¿En qué trabajaría?

—Puedes venirte a trabajar conmigo en la tienda, para empezar. Necesito una ayudante, ¿y quién mejor que mi hermana?

—No soy vendedora.

—Puedes aprender. Además, te vendrá bien relacionarte con la gente para cuando ahorres lo suficiente para abrir tu propio negocio.

—¿Y dónde voy a vivir?

—¡Pues aquí, en casa!

—Tengo casi treinta años.

—¿Y qué? Yo también los tengo y aquí sigo. Y ya no hablemos de Mark, que aunque tiene su propia casa sigue estando aquí a todas horas.

—De todas formas no creo que eso fuese buena idea. Si por casualidad lo nuestro no saliese bien...

—Estarías cerca y podría consolarte. No te pido que lo hagas por lo que pueda haber con Ian, Zoe, sino por ti. Solo piénsalo, ¿de acuerdo? No perderás nada por intentarlo.

—Muy bien, lo pensaré.

Mi hermana sale de mi habitación dejándome sola con mis pensamientos. Tal vez tenga razón, pero ¿y si me arriesgo para nada? ¿Y si

tengo que volver con Ruth con el rabo entre las piernas? Entonces sí que jamás llegaría a ser diseñadora, pero ¿realmente es eso tan importante? Lo que a mí me gusta es crear mis propios diseños, y eso puedo hacerlo en mi propia tienda, ¿verdad?

Capítulo 7

Llevo tres días sin tener noticias de Ian, pero esta noche tendremos que vernos a la fuerza en la cena de Nochebuena. Sé que no ha estado en la ciudad porque Nora se ha encargado de *Demon*, que no se separa de mí ni un solo instante. Parece que al final le he caído bien a este chucho adorable, aunque su dueño sea un capullo.

He estado pensando mucho en la propuesta de mi hermana, y aunque es una auténtica locura empiezo a plantearme hacerle caso y empezar de cero en la ciudad. Ya no solo por Ian, sino también por mí misma. Estoy cansada de trabajar para una bruja que jamás permitirá que sea mejor que ella, y aquí estaré cerca de mi familia y mis amigos, a quienes he estado viendo estos días.

Mi madre me saca de mis pensamientos entregándome una taza de chocolate caliente y sentándose a mi lado.

—¿Qué te preocupa, cariño? —pregunta dándole un sorbo a su chocolate.

—Estoy pensando en mi futuro, mamá. Quería ser diseñadora de una marca importante a toda costa y por eso me fui, pero hace ya seis años de eso y aún no he conseguido nada.

—¿Y vas a darte por vencida?

—No, es solo que creo que mis prioridades han cambiado. Me gusta diseñar ropa y sé que se me da bien, pero ¿de qué me sirve si mi jefa jamás

accederá a darme una oportunidad?

—Puedes cambiar de empleo, Zoe. Hay muchas firmas a las que puedes acudir.

—Si hago eso Ruth se encargará de tirar mi reputación por el suelo para que nadie me contrate.

—Tu jefa no es Dios, hija. No puede controlar a todo el mundo, y si no encuentras trabajo en Nueva York hay más ciudades importantes en las que probar suerte.

—El caso es que ahora no sé si eso es realmente lo que quiero.

—Debes averiguar qué es lo que realmente quieres antes de decidir qué hacer, Zoe. Es tu vida y debes vivirla como quieras hacerlo, no como crees que debería ser. Y sabes que papá y yo te ayudaremos en todo lo que podamos, ¿verdad?

—No voy a dejar que gastéis vuestros ahorros en mi sueño, mamá. Sé que habéis estado esperando a jubilaros para hacer todos esos viajes.

—¿Y crees que un viaje es más importante para nosotros que la felicidad de nuestros hijos? Mi único deseo es veros felices a los tres, cariño. Lo demás es secundario y no pasa nada si no podemos salir de Charlottesville.

—Pero no sería justo.

—Lo que no sería justo es que vivieras una vida que no te corresponde por esa estupidez. Deja de pensar en nosotros y empieza a pensar en ti, porque un día serás vieja y al mirar atrás te arrepentirás de no haberlo hecho en su momento.

Mi madre se marcha dejándome más confundida que antes. *Demon* se tumba a mi lado y coloca su enorme cabeza sobre mi regazo y me mira con esos ojillos apenados que me hacen sonreír.

—¿Qué pasa, campeón? ¿Vamos a la calle?

El perro se levanta de un salto y empieza a bailar y a ladrar mientras

intento ponerle la correa. Después de un cuarto de hora maniobrando con él logramos salir a la calle sin ningún altercado que lamentar. Es la primera vez que me atrevo a sacarle, siempre lo ha hecho mi hermana pero hoy no está en casa y no puedo dejar que el animal se aguante demasiado, así que rezo porque no haga una de las suyas y termine arrastrándome acera abajo por toda la calle como si fuera un saco de carne.

Al principio todo va como la seda, *Demon* no se mueve de mi lado y parece que está bien educado, pero de pronto olisquea el aire poniendo las orejas de punta y sale a correr como alma que lleva el diablo. Me lleva a rastras un par de metros, pero tira con tanta fuerza que la correa se me escapa de los dedos y tengo que salir a correr detrás de él.

—¡*Demon*, vuelve aquí! —le llamo— ¡*Demon*, para!

¡Mierda! Como pierda al perro mi hermana me va a matar, y no digamos Ian, que va a terminar odiándome de por vida. Al dar la vuelta a un edificio veo al perro sentado en la puerta de un local en alquiler moviendo el rabo con alegría.

—¡*Demon*, aquí estás! —suspiro cogiéndole por la correa— ¿Qué hay ahí dentro, pequeño?

Intento mirar a través del cristal, pero las luces están apagadas y no se ve absolutamente nada.

—Ahí no hay nada, campeón. ¿Es que has visto a un gato?

Aunque opone bastante resistencia al final logro convencer al perro de irnos a casa. Se ha puesto perdido de barro, y como mi madre le vea así me va a echar una buena reprimenda, así que lo subo al cuarto de baño para quitarle toda esa mugre de encima. Por suerte le encanta el agua. En cuanto le he metido en la ducha se ha tumbado para dejarme lavarle a fondo, y ha sido muy divertido verle cazar las pompas de jabón. Lo peor viene después, cuando le he sacado de la ducha para secarle con la toalla. No he calculado bien sus

movimientos y ha empezado a sacudirse poniéndome perdida.

—¡Mierda, *Demon!* —protesto— ¡Perro malo!

El perro no me hace ni puñetero caso y sale del baño a toda pastilla sacudiéndose cada dos pasos y restregando la nariz en cualquier sitio que pueda secarle, como la cama de mis padres o el sofá del salón. Cuando por fin se tumba junto a la chimenea y veo el desastre que es ahora mismo mi casa siento unas terribles ganas de gritar y de ahorcar al chucho inmundo y mal criado.

—¿Pero qué demonios ha pasado aquí?

Perfecto, mi hermana acaba de entrar y verlo todo patas arriba.

—He bañado a *Demon*.

—¿Bañado? Si estaba limpio, Zoe.

—Lo estaba, pero le he sacado a la calle y se ha revolcado en el barro después de escaparse.

Mi hermana rompe a reír a carcajadas. Tiene que agarrarse el estómago porque no puede parar de reír y si no fuera mi hermana le haría tragarse esa risita odiosa.

—Deja de reírte y échame una mano —protesto—, que como mamá vea esto va a matarme.

Una hora después mi madre vuelve de la compra y nos encuentra sentadas en el salón viendo la tele con el perro dormido a nuestros pies. Hemos terminado también en la ducha, y ahora mismo me encantaría meterme en la cama y no salir de ella hasta después de Navidad.

—Vamos, niñas, ayudadme con la cena.

Pasamos gran parte del día metidas en la cocina con mamá, y a las seis empiezan a llegar nuestros invitados así que subo a cambiarme a toda prisa porque aunque hayamos discutido no quiero que Ian me vea con mi pijama otra vez. Me pongo un vestido negro bastante sencillo y me animo a arreglarme el

pelo y maquillarme un poco. Aún no ha llegado cuando vuelvo al salón, así que me dedico a preparar la mesa para la cena.

—Ian no va a venir —dice mi hermano a mi espalda.

—¿Por qué no?

—Dímelo tú.

Miro a mi hermano con sorpresa, que me mira a su vez con reproche.

—Yo no le he hecho nada —me defiendo.

—No sé qué coño pasó el otro día cuando hicisteis las galletas, Zoe, pero al día siguiente salió de la ciudad y hoy me ha dicho que no va a venir a cenar con nosotros.

—A lo mejor le ha surgido un plan mejor.

—¿Un plan mejor? ¡Le gustas de verdad, Zoe! ¿En serio crees que hay para él un plan mejor que pasar la noche contigo?

—Iré a hablar con él —suspiro cogiendo mi abrigo.

—No seas tonta y no la fastidies, Zoe.

Hace tanto frío que siento que las piernas se me van a congelar de un momento a otro. Salir a la calle en falda es una auténtica locura, pero no puedo permitir que Ian pase solo la noche porque no quiera acercarse a mí. Discutimos, es cierto, pero no creo que sea para tanto, ¿o sí? El corazón me late a mil por hora después de llamar al timbre, y escucho sus pasos bajando las escaleras antes de que la puerta se abra y me mire con cara de sorpresa.

—¿Zoe! ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar? Me estoy muriendo de frío.

Ian se aparta de la puerta y corro hasta el salón para colocarme frente a la chimenea.

—¿*Demon* está bien? —pregunta.

—Tranquilo, debe estar durmiendo junto a la chimenea la mar de a gusto. No vengo por el perro, sino por ti.

Veo cómo sus pupilas se dilatan y se pasa la mano por la mandíbula para recuperar la compostura.

—¿Qué quieres? —espeta.

—Quiero que vengas conmigo a cenar a casa. No quiero que pases la noche solo.

—No es la primera Nochebuena que paso solo, Zoe, no es para tanto.

—Esta es tu primera Navidad y debe ser perfecta, no es justo que la pases solo por mi culpa.

—¿Crees que es por tu culpa? —pregunta sorprendido— No he ido a tu casa porque no sé si seré capaz de evitar intentar convencerte de que te quedes en Charlottesville, Zoe. No quiero amargarte la noche.

De pronto, todas mis dudas se desvanecen como por arte de magia. ¿Por qué estoy siendo tan estúpida al querer volver a Nueva York cuando aquí puedo tener muchas cosas buenas? Me acerco a Ian lentamente y acaricio su mejilla con una sonrisa.

—He decidido quedarme aquí, Ian —confieso—. Me he dado cuenta de que no hay nada en Nueva York que pueda hacerme feliz.

—¿Lo has decidido? ¿Cuándo?

—Ahora mismo, a decir verdad. Llevo varios días dándole vueltas al asunto y me he dado cuenta de que ya no quiero ser una diseñadora famosa. Quiero tener a mi familia cerca y también un negocio que me haga sentir bien conmigo misma. Pero sobre todo quiero ver hasta dónde puede llegar lo que hay entre nosotros, Ian. No quiero alejarme de ti por un sueño que nunca se hará realidad.

—Cuando te dije eso estaba dolido y no iba en serio —reconoce—. Siento de verdad haberlo hecho.

—Tenías razón. Ruth nunca va a permitir que le haga sombra y hace tiempo que lo sé aunque no quisiera reconocerlo. Es hora de que abra los ojos

y empiece a vivir de verdad.

Me pongo de puntillas y uno mis labios a los suyos. Ian suspira y me abraza con fuerza ahondando el beso y logrando que mis piernas se vuelvan mantequilla fundida. Paso mis brazos por su cuello, deseando que me lleve a la cama aunque la cena deba esperar, pero él me separa de su cuerpo y entrelaza sus dedos con los míos.

—Vamos, quiero enseñarte una cosa —susurra.

Corremos hasta su coche y conduce hasta la puerta del local donde horas antes *Demon* me ha arrastrado. Me sorprende cuando saca una llave de su bolsillo y abre la puerta dejándome pasar. El local es muy amplio y tiene unos enormes escaparates con mucho potencial.

—¿Has estado aquí esta mañana? —pregunto.

—¿Cómo lo sabes? —contesta sorprendido.

—He sacado a pasear a *Demon* y me ha arrastrado hasta aquí. Se ha pasado cerca de diez minutos plantado frente a este local sin moverse, y me ha costado revolcarle por el barro que consintiera en volver a casa.

—Maldito perro —contesta con una sonrisa.

—¿Por qué tienes las llaves de este sitio, Ian? ¿Piensas poner un negocio?

—No, tú vas a poner un negocio. He pedido un préstamo para poder pagar este local. Necesita algunas reformas, pero creo que podremos conseguir el dinero que nos falta para que en un par de meses tengas tu propia tienda.

—Pero Ian...

—Es mi regalo de Navidad —susurra—. Se me ocurrió antes de nuestra discusión del otro día, pensé que podía ayudarte a conseguir tu sueño estando junto a tu familia.

—Por eso intentaste convencerme...

—En parte —contesta abrazándome—. Reconozco que soy un poco egoísta y no quiero que te marches. Quiero ver hasta dónde nos puede llevar esto, Zoe, y sé que será muy lejos.

—Pero no puedo aceptar un regalo de esta índole, Ian. ¿Qué pasa si lo nuestro no funciona?

—Funcionará —dice con convicción—, pero sé que no te sentirás cómoda con esto, así que te propongo que seamos socios. Tú serás quien tome todas las decisiones porque yo seguiré dando clase, ¿te parece?

Me besa por fin logrando que las lágrimas corran por mis mejillas. Ha conseguido hacerme más feliz de lo que he sido en mucho tiempo y yo lo único que he hecho ha sido intentar alejarme de él.

—Muy bien, seremos socios —susurro abrazándole con fuerza.

—Espero que también te plantees salir conmigo, mi pequeña *Grinch*.

—Eso no tengo ni que pensarlo.

Epílogo

Volvemos a mi casa cogidos de la mano. Creo que esta es la mejor Navidad que he pasado en mi vida, y aunque tengo que volver a Nueva York para presentar mi carta de dimisión, no voy a pensar en nada de eso esta preciosa noche. En cuanto mi madre me ve entrar abrazada a Ian sonrío y me guiña un ojo con complicidad.

—Veo que ya has elegido —susurra cuando entro a la cocina a ayudarla a servir la comida.

—Sí, y me va a hacer falta vuestra ayuda.

—Cuenta con ella, cariño, pero ahora disfruta de la magia de la Navidad.

Tras la cena, llega la hora de los regalos. Me siento algo avergonzada porque mi regalo para Ian es un maletín de piel para que lo lleve a las clases mientras que él me ha regalado el resto de mi vida, pero ahora ya no lo puedo arreglar. Como siempre mi hermana salta hasta los regalos y se arrodilla junto a ellos para empezar a desenvolver los suyos. Sonrío cuando coge mi regalo, a la espera de su cara de sorpresa, pero en vez de eso vuelve a coger el papel de regalo para leer el nombre de la tarjeta y se echa a reír.

—¿Qué ocurre? —pregunto preocupada— ¿No te gusta?

En vez de contestarme, me entrega su regalo mirándome divertida. Es la primera vez que mi hermana no reacciona con ilusión ante uno de mis regalos

y reconozco que me pone nerviosa, pero cuando abro el paquete y veo dentro de la caja una bola de cristal casi me echo a reír yo también. ¡Son idénticas!

—No puede ser —río—. ¡La mujer me dijo que la había hecho su hijo!

—Pues entonces creo que su hijo ha montado una tienda aquí, en Charlottesville, porque el joven que me la vendió me dijo que la había hecho él mismo —contesta mi hermana.

—Ya es casualidad que hayáis elegido el mismo regalo —dice Mark—. Sois iguales, pero no tanto.

Recojo el paquete de Ian y me acerco a él algo avergonzada.

—Mi regalo no está a la altura del tuyo, lo siento —me disculpo.

—Zoe, tú ya me has hecho el mejor regalo del mundo, cariño —contesta abrazándome—. Me has regalado una primera Navidad que no olvidaré en la vida.

Le beso sin importarme los vótores de mi familia y me acurruco en su pecho sintiéndome la mujer más afortunada del planeta. Ahora soy inmensamente feliz, de vuelta en casa, con un hombre increíble a mi lado... y con un perro que adora llenarme de babas cada vez que tiene ocasión.